

anchuroso mar, y cual un vencedor despues del caluroso y bullicioso dia, la luna llena se presentó magestuosa trás las grandes altaras de Esmirna. Las sombaras arrojaban unos relieves pronunciados; habia una ondulacion plateada por entre el follaje; el paisaje se cambió, como por la vara mágica de una hechicera.

Espoleamos á nuestros caballos y galopeamos hácia á la ciudad por entre la vaga y misteriosa luz de la luna; las tumbas de los turocos se desprendian como hileras de espectros entre los oscuros y tristes cipreses. A esto llegamos a la poblacion y pasamos por unas cuantas calles estrechas, y pronto nos vimos en la cubierta del caro "Vulcano," adonde despues de una cena gustosa, nos rejocigamos de nuevo con la divina vista del reluciente mar, los blancos y bien marcados minaretes las cúpulas, las grandes masas de casas, y las lejanas montañas.

CAPITULO XI

AL AVISTAR CORFU.

Nació la aurora; salió el sol esparciendo una tranquilidad profunda por los plateados mares y las altas montañas de la Albania; el vapor surcaba las olas con repidez, y avanzábamos con violencia, pasando por las islas Jónicas mas pequeñas, que se elevaban fuera del agua como lomos de monstruos marinos. A esto, contemplamos la punta extrema de la fértil isla de Corfu. Unas

cuantas varas á lo largo de su costa, conduce á uno á la fortaleza que corona la ciudad. A este fuerte colonial inglés, puede solo comparársele con una corona de espinas.

Compónese la isla, principalmente, de un terreno montañoso, el que está demasiado crecido, con el bosque mas fresco y hermoso, presentando á la vista un cuadro de frescura. Todo el país es como un gran parque, en el cual se hallan unos cuantos hogares de colonos. Estos presentan un aspecto de aseo y de sólida construcción, y no causan esa impresion triste, como algunos de esos pueblos griegos esparcidos, que se elevan en una forma irregular sobre un terreno inculto.

Es un espectáculo agradable el ver unas quintas de campo hermosamente construidas, en medio de una vegetacion meridional, cultivada con todo el esmero de un jardinero. Las rocas, en la playa, forman un contraste excelente con ella. Es preciso confesar que los ingleses entienden el modo de transformar todo lo que les viene á las manos, en hermosura y en cultivo, pues aun la peñascosa Malta se halla ahora cubierta con la vegetacion mas fresca y verdeosa.

Mientras mas nos acercábamos á la ciudad, mas numerosas eran las casas de campo.

A corta distancia estaba un buque inglés an-

clado, desde donde tiraban á un blanco pintado de negro, que flotaba en el mar.

Esta pequeña maniobra me divirtió en extremo; era ridículo ver cómo iba saltando la bala en el agua diez ó veinte veces tras del blanco, de tal manera, que el mar hacia espuma como una cascada. Ciertamente los marineros británicos no le daban al pequeño blanco frecuentemente. Como queet i b amos obligados á pasar dentro de la línea del tiro, algunos comenzaron á preguntarnos si no nos podian pegar, pero el cañoneo cesó por algunos instantes mientras pasamos.

Las rocas que dominaban la ciudad, se desaparecian mas y mas, y el hermoso sitio colonial de los ingleses se presentó á nuestra vista. Las partes mas elevadas de la fortaleza se desprendían del azul cielo, al rededor de esta, formando terrados, habia los mas bellos jardines y las casas mas hermosamente construidas. Al pié de esta fortaleza habia hileras de baluartes de piedra, que parecia como si nacieran del mar; en el ángulo extremo de uno de estos, estaba situado el jardin del gobernador, bien sombreado por hermosos y elevados árboles. Al fin de estos, cerca de la ciudad, se halla un gran palacio de una piedra de un color pardo; compónese este de varios

costados, cuyos aposentos están cubiertos del calor mediante unas grandes celosías verdes.

Este edificio extenso é imponente, es la residencia del tirano que el libre poder británico le ha puesto encima á estos pobres isleños, como protector. Pensaron, en la ciudad, que íbamos á desembarcar. Sin embargo, dirigimos nuestro curso por una especie de canal ancho, el que estaba formado por una isla estéril y peñascosa, que quedaba, precisamente, frente á la ciudad.

Esta última tiene un aspecto elegante y aseado. Grandes y bien construidas casas dan señales de riqueza, y atestiguan el lujo práctico de Inglaterra, y ese "comfort" al estilo comerciante. El lugar está rodeado por las mas deliciosas y verdes colinas, desde donde se descubren de un modo alagüeño esas preciosas cabañas inglesas. En la isla que yace frente á la ciudad, hay otra fortaleza, á la que nosotros, aunque extranjeros, fuimos admitidos.

Nos dijeron que todas las mañanas cien soldados ingleses eran conducidos en botes de la ciudad á esta isla, y llevados de regreso en la tarde. Se supone que han hecho juramento de guardar algun secreto, pues nadie sabe lo que tienen que hacer en esta tierra misteriosa; pero se pien-

sa que tal vez están trabajando por unir á ambas islas mediante un túnel debajo del mar.

Hicimos alto frente á la ciudad por unos momentos, con el fin de recoger algunas noticias del vapor de la compañía Lloyd, que á la sazón estaba anclado. Al instante subió Jhon Bull con sus marineros vestidos de blanco. Era el capitán del puerto, el que, de un modo atento, nos trajo al "práctico," con el fin de recibir una buena propina en esta ocasion. Le contestamos que de ninguna manera intentábamos desembarcar. No obstante esto, deseaba saber de nuestro capitán, quiénes estaban á bordo; y cuando no lo pudo descubrir, se retiró con una "cara muy larga."

Durante esta pausa, pudimos examinar la ciudad á nuestra satisfaccion. Como que era la hora de la siesta, había poco movimiento en las calles. El número de buques en la ensenada, era tambien corto, pues el cólera estaba asolando las islas Jónicas, é impidiendo el comercio por algun tiempo. De nuevo nos hicimos á la vela, y continuamos nuestra correría.

Hácia la extremidad de la isla, sus playas se acercaban á la costa de la Albania. En medio de este estrecho pedazo de agua, existe un trozo pequeño de roca sólidamente formada, y sobre la que descansa, igualmente pequeña, la torre de un

faro. Dásele un nombre sumamente desagradable: "La Sarnosa," probablemente á causa de la formacion peculiar de la roca. Un soldado inválido y viejo vejeta en este lugarcillo.

Presto se desvaneció de nuestra vista la punta extrema de la isla; y llenos de gozo, dirigimos nuestro curso hácia nuestra amada patria.

CAPITULO XII.

DOS DIAS EN EL BOCHE DI CATTARO.

—o—

Muy temprano, por la mañana, me puse la ropa violentamente, y subí el primero á la cubierta. Sobla el ambiente fresco y saludable de mi adorada Austria, á la que volvia á ver despues de mi regreso por primera vez; esto fortaleció mis miembros; y lleno de placer, contemplé la salida del sol sobre las montañas azul oscuro de Dalmacia. Una niebla suave y lijera descansaba sobre las tranquilas aguas, y daba un tinte rosado á las estrellas; pero pronto se disiparon los vapores, y grande y magestuoso se levantó el sol ante mis ojos agradecidos. La luz nueva daba color y vida á